EL BAUTISMO DE AGUA Y EL BAUTISMO DE SANGRE.

LEYENDA.

El año de 290, llevó San Claro á los habitantes de Condivicum (hoy Nantes), el estandarte de la fé por medio de sus predicaciones, su santidad y sus milagros, y quitó á los falsos dioses un sinnúmero de adoradores. Uno de estos nuevos cristianos era el jóven Donaciano, hijo del gobernador de la ciudad. Las verdades sublimes del Evangelio habian penetrado hasta su corazon, y héchole abandonar las prácticas seductoras de un culto afeminado, para entregarse á la cruz del Dios de los sufrimientos.

No pudo permanecer mucho tiempo ignorada una conversion tan notable, y el neófito, ante el póntifice de los ídolos, confesó á *Jesucristo*. En el acto fué vestido con la túnica de los mártires; y tal como un célebre pintor nos ha representado á San Gervasio, marchando á la muerte, así Donaciano se dirigia al lugar del suplicio.... cuando se presenta á su vista su tierno hermano Rogaciano, que coronado de flores iba al banquete de una fiesta voluptuosa, ignorante de la nueva religion y de los riesgos de su hermano.

—¿Adónde le llevais? grita á los lictores.

—A la muerte: contestan los bárbaros.

—A la gloria, replica el valeroso cristiano. Voy á morir por Jesucristo. ¡Oh hermano! desgraciado de tí, que no conoces á este Dios de cielo y tierra; él es el solo Dios, y no ecsisten otros. Los que tú adoras son obras de manos de los hombres, que como estos perecen. Mas el salvador por quien voy á padecer aquí algunos instantes, es *la resurreccion y la vida;* él me dará en el cielo delicias eternas. Rogaciano, cree lo que yo, y muero en paz. ¡Muramos, muramos juntos, para renacer inmortales!

Las palabras del cristiano tenian una fuerza divina: el corazon del idólatra se conmovió, y sus ojos se abrieron á la luz de lo alto. Rogaciano ve á un Dios radiante de gloria que desde el paraiso eterno le muestra dos coronas; se lanza hácia Donaciano, lo estrecha entre sus brazos, y se adhiere á él. En su santo regocijo, el mártir no podia estrecharlo en su seno: con sus manos cargadas de cadenas, solo podia dar gracias á Dios y compadecer la tierna edad de su hermano: la turba estaba igualmente conmovida. Se derrama la compasion entre esta turba, que una feroz curiosidad habia reunido: y se oian voces que decian:

"Acaban de salir de la infancia y ya quieren morir; ¿qué clase de gente son estos cristianos, que así desprecian muerte y tormentos?"

Otros esclamaban:

"Adorarán á Júpiter si se les lleva al templo. Si rehusan sacrificar á los dioses inmortales, tiempo habrá para matarlos."

Conforme á estas voces, los hermanos fueron llevados al templo de los ídolos. Llenos de inocencia y resignacion, marchaban uno al lado del otro. Rogaciano aun estaba adornado de flores y listones: escuchaba las palabras de vida que le dirigia su hermano, y se afirmaba en la fé. Llegan al templo de Jano: el pontífice les presenta la copa de las libaciones, y el incienso de los sacrificios. El pueblo une á las órdenes del gran sacerdote sus ruegos: todo es vano, Rogaciano tira el vaso de oro y esclama:

"Perezca el culto de los falsos dioses: los que aquí se adoran solo son vanas imágenes. El Dios verdadero es el de los cristianos.... es el de mi hermano; es el mio. Hacednos morir, que dispuestos estamos á solo hacer sacrificios á JESUCRISTO, y este sacrificio será nuestra propia sangre; llevadnos á la muerte."

La multitud hace á un lado la piedad, pide su muerte, cubriéndolos de ultrages. Los dos hijos de Dios no se demudan, y con paso firme marchan al suplicio.

A unos mil pasos del templo de Jano (lugar en que hoy se halla la Catedral), y donde aún se ven dos cruces y dos olmos en el camino de Paris, fué donde los verdugos ensayaron nuevos tormentos, antes de dar la muerte á los cristianos. Cuando vió Donaciano correr la sangre de su tierno hermano, le gritó: "Amigo, valor; ahí tienes el bautismo que pedias; la sangre del martirio es otro bautismo que abre la puerta de los cielos y da la bienaventuranza eterna." Ecshortaba á Rogaciano aun despues de haber dejado de ecsistir, hasta que el hacha mortífera le quitó la vida, y las dos almas cristianas, cual cisnes que huyen la region de las tempestades, volaron de la tierra al cielo que les esperaba.

FELICES CONSECUENCIAS DE UN BAUTISMO.

Hace unos veinte años, recuerdo haber visto un ejemplo patente de lo que puede la tenacidad de la caridad.—Un sacerdote apóstata, casado con una cómica, merced á la proteccion de Fouquier-Thinville, obtuvo una plaza de hacienda en una de las ciudades mas importantes en las provincias del Oeste. En Bretaña, como en Anjou y la Vendée, no lo hace todo el dinero; habiendo gastado el rentista su caudal en comilonas y fiestas, las gentes honradas le volvian la espalda, y su amor propio herido, lo hacia mas malvado: de lo que él llamaba su salon brotaban denuncias repetidas y odiosas contra todos los que creian en Dios y echaban de menos al rey.

Cuando el alma se entrega al odio, va de prisa al abismo. Se habia hecho la casa de este hombre un conciliábulo para todo lo que habia de mas impío en la ciudad, y al mismo tiempo un lugar de escándalo. Las personas honradas ponian todo su esmero en ser olvidadas de los caudillos políticos y en vivir en la oscuridad. Así es que evitaban pasar por las puertas y ventanas del sacerdote casado.

En el interior de este hotel se habia arrancado y borrado todo lo que podia recordar el antiguo reinado, y en aquellos grandes salones en que pasaban en otro tiempo graves é interesantes conversaciones, en que no se oia mas que decencia, talento y buenas maneras, ahora solo se escuchaban groseras é innobles chocarrerías, palabras vulgares y espantosas carcajadas.

En medio de esto, crecia un precioso niño entre el perjuro y su concubina. Nada revelaba en él á sus padres, y era como un hermoso querubin desviado de la senda del cielo, y prócsimo al abismo anchuroso del infierno. Se acordaba su padre de todo lo pasado, y sonrojándose de lo presente, separaba de su hijo cuanto pudiera inspirarle idea religiosa alguna. Como la de Dios, de quien habia renegado, le atormentaba y producia remordimientos, quiso evitar á su hijo los tormentos que él sobrellevaba. En cuanto á la madre del pequeño Mario, jamas habia tenido la desgraciada un solo deseo de amar á Dios, ni conocia mas ser supremo que Robespierre. Se podrá por aquí inferir cuán velozmente marcharia el hijo del apóstata y la cómica por el camino que ante sí se le abria; tanto mas, que nunca habia oido hablar de deberes, y solo de placeres y fútiles entretenimientos.

Mientras que Mario crecia, los acontecimientos políticos marchaban á su ocaso: habia sucedido el directorio á la convencion, y el consulado al directorio. El general Bonaparte, que se sonrojaba de los revolucionarios, y queria moralizar la Francia para reinar en ella, desde que habia convertido en cetro su victoriosa espada, quiso purificar todas las administraciones en que los *corrompidos* habian encontrado el modo de introducirse en gran número. En esta limpia de los establos de Augias, el ex-sacerdote rentista fué destituido como concusionario, dilapidador de los caudales de la República: despues pasó el apóstata desde su casa rica y espléndida, á la mazmorra. ¿Qué va á ser del jóven Mario, solo, con la desgraciada á quien está condenado á llamar su madre? Hasta el momento en que su padre habia recibido el justo castigo de su conducta, habia corrido los peligros de sus malos ejemplos; pero al fin, habia tenido en él una especie de apoyo. Su padre le destinaba á la carrera de hacienda: su madre encontraba que esta carrera era demasiado grave y seria para su hijo, y que solo era para el teatro, donde ella habia brillado en otro tiempo.

He aquí al pobre niño, en sus quince años, sin haber recibido el bautismo, sin haber visto jamas un crucifijo, sin haber pronunciado una sola palabra de oracion; hélo aquí, en medio de todos los peligros, abandonado á todas las seducciones. Como todos nosotros, tenia su ángel de guarda; pero el desgraciado niño jamas le habia dicho: "¡Espíritu celeste, á quien Dios me ha confiado, ved cómo he quedado solo; velad por mí y ayudadme!"

El Señor tiene sus caminos para salvar á las almas, y vais á ver el que escojió para salvar á dos.

Cuando la consagracion del emperador Napoleon, fueron llamados todos los cantantes de los principales teatros de Paris, para formar con los coristas de las diversas iglesias un inmenso coro, que ejecutase un *Te Deum*, de la composicion de Lesneur. El jóven Mario, cuya voz y talento musical habian adquirido una especie de renombre en el teatro de la Opera Cómica, fué invitado para esta gran solemnidad; y quince dias antes del 2 de Diciembre de 1804, el hijo del sacerdote y de la cómica pisó por primera vez el pavimento de una iglesia. ¡Oh! El habia visto bien los teatros con todas sus mágicas decoraciones, los palacios con sus ricas y brillantes colgaduras; habia visto los cien mil fuegos y la radiante luz de las iluminaciones en las fiestas nacionales; y nada de esto habia conmovido su alma: pero esta vez, luego que pasó el umbral de la antigua y santa basílica, cuando vió estenderse ante él la espaciosa y alta nave, y percibió en lontananza el santuario y el altar, un sentimiento desconocido hizo palpitar su corazon.

La primera noche durante la repeticion del *Te Deum*, la casualidad.....me equivoco, Dios colocó al jóven Mario, al lado de un niño de coro de la catedral, que era conocido en la sacristía y en el seminario con el nombre del *pequeño santo*. La voz y la figura de esta criatura estaban en armonía con el sobrenombre que le daban: su fisonomía tenia en efecto algo de angélica.

Antes de la gran fiesta de la consagracion, se repitió muchas veces el *Te Deum*, y siempre el jóven Mario se encontraba en el mismo atril que el piadoso corista. A su edad se liga uno fácilmente, y así se formó bien pronto entre ellos una amistad que no debia ser estéril.

Cuando se acababan las repeticiones, antes de irse, jamas faltaba el pequeño santo á rezar su oracion de la noche en la capilla de la santa Vírgen: Mario le seguia allí, aunque maquinalmente, porque no sabia rogar ni hacer la señal de la cruz, y se estaba arrodillado cerca de su nuevo amigo. Este, al salir de la capilla, se encontraba siempre con una mujer como de unos cuarenta años, de maneras distinguidas y una piedad fervorosa: era su madre. Tres dias antes del 2 de Diciembre, esta señora no vino á buscar á su hijo, y los dos jóvenes amigos se volvian juntos; como caminasen por los muelles para llegar á sus habitaciones, Mario dijo á su compañero:

—¿Por qué habeis estado hoy de rodillas mas largo tiempo que el de costumbre?

—Porque mi madre me tiene lleno de inquietud; sufre mucho, y he rogado por ella.

—¡Rogar! ¿Y qué es eso de rogar?

—¡Oh.....! ¡esto es imposible! Vuestro padre, vuestra madre, os lo habrán enseñado. ¿No os ha enseñado vuestra madre, cuando érais pequeño, á hacer la señal de la cruz?

—Ni de pequeño ni de grande: yo no la sé hacer.

—¡Oh Dios mio! ¡Esto es imposible....! ¿Pues qué, no sois cristiano....? ¿No habeis sido bautizado.....?

—No, jamas. Mi padre y mi madre no tenian religion alguna: nunca oraban, no iban jamas á la iglesia, y yo he hecho lo mismo que ellos. La primera vez que he doblado las rodillas, ha sido á vuestro lado por imitaros.

—¡Oh! tanto mejor tanto mejor que sea yo quien os haya inspirado esa idea.... Mario, bien sabeis lo que os amo, y sé que sois mi amigo; es preciso que las cosas no queden así. Es preciso que creais lo que yo creo; que espereis lo que yo espero; que adoreis el Dios que yo adoro.... Cuando tengamos una misma creencia, entonces nos abrazarémos mejor. El otro respondió:—Yo bien quiero, Javier, que mi Dios sea el vuestro; ¿pero quien es ese Dios? jamas he oido hablar de eso.

—Desde esta tarde misma, querido Mario, venid donde está mi madre; es una santa, y ella os enseñará lo que todo cristiano debe saber, si vuestra madre no os espera, venid con nosotros. ¿Estais libre?

—Sí: esta noche no se trabaja en la Opera Cómica; ni ella ni yo tenemos que cantar.

—¡Qué....! ¿sois actor?

—Sí: desde que estamos arruinados, nos metimos en el teatro.

—¿Y teneis padre todavía?

A esta pregunta, Mario no respondió; pero cubriendo sus ojos con las manos el desgraciado niño rompió en llanto. Javier no le dirigió pregunta alguna mas, é hicieron silenciosamente el resto del camino: bien presto llegaron á la calle Jacob, al modesto alojamiento de Madama d'Urbois, viuda de un antiguo negociante, que no teniendo á quien amar sobre la tierra, mas que al hijo que su marido le dejó al morir, habia puesto todo su afecto en este niño.

Madama d'Urbois era una de esas mujeres cristianas, de que hay muchas en Paris; seres mas apegados al cielo que á la tierra, por la elevacion de su alma, la pureza de su conducta, y la estrema delicadeza de sus sentimientos; mujeres que comienzan, oyendo la misa del alba, por poner el dia bajo la proteccion de Dios; madres de familia que ocupadas de las necesidades de su casa, no son sin embargo, estrañas á las artes ni á la santa literatura. Ecsistia entre Madama d'Urbois y su hijo una confianza ilimitada, de tal manera, que el jóven jamas se acostaba, sin haber hecho á su madre una relacion circunstanciada de cuanto le habia pasado en el dia: por lo mismo, sabia la naciente amistad de Javier á Mario. Cuando los vió entrar á los dos, dijo á su hijo: Te agradezco, hijo mio, me presentes á tu nuevo amigo: y á vos, señor, es agradeceré que ameis á Javier, porque Dios nos ha puesto en este mundo para amar y hacernos amar.

En esta primera entrevista de Madama d'Urbois con los dos jóvenes, penetró con esa doble perspicacia de mujer y de madre, cuanto faltaba á Mario. Dios le habia dado mucho; pero su educacion, lejos de haber correspondido á estos dones, no habia hecho mas que aminorarlos; faltaba, pues, volver al adolescente aquello que habia recibido de la Providencia, de que sus malos padres lo habian privado. La idea de que este jóven no estuviese aún bautizado, ecsijia con urjencia comenzar la educacion cristiana del amigo de su hijo: le invitó á venir á la mañana siguiente á almorzar con Javier, y le previno que, como tenia que venir á su casa, debia pedir á su madre el permiso de pasar el dia con ellos. Mario respondió que su madre estaba ausente, y que le quedaban libres todos los dias.

Al dar esta respuesta á Madama d'Urbois, un pensamiento triste y lastimoso traspasó el corazon de Mario: comparó la madre que tenia á la vista, con la que le habia dado la naturaleza. El dia siguiente estuvo esacto á la hora indicada, y madama d'Urbois, ingeniosa por su celo en la salud de las almas, quiso que este dia fuese agradable á los dos jóvenes. Despues del desayuno, los condujo á visitar muchos monumentos de Paris: de aquellos capaces de conmover el alma, é inspirar elevacion de pensamientos. Como puede adivinarse, muchos de los edificios visitados fueron iglesias, porque allí hay siempre alguna cosa para el corazon, al mismo tiempo que para los ojos, para el artista, y para el cristiano ferviente. Dios habia querido que en el momento mismo en que Javier y Mario entraban en la Iglesia de San Estévan del Monte, llegase un entierro; iba un pequeño ataud con su sábana mortuoria blanca, y su corona de sempiternas, y lo que el sacerdote cantaba al recibir el muerto en la iglesia, era el himno de accion de gracias, el *Te-Deum*.

—¡Es singular, dijo Mario á Javier, entonar un canto de alegría para un muerto!

—Es que este muerto es un ángel mas para el cielo, respondió la madre de Javier; y de aquí tomó ocasion para esplicar á Mario, que el bautismo daba una eternidad feliz, no solo á los niños, sino tambien al hombre que lo recibia con esa persuasion que daba las creencias vivas. La piadosa católica esplicó claramente la necesidad del primero de los sacramentos. Pintó á los ángeles del paraiso rodeando el bautisterio, para recibir el niño recien nacido que es llevado allí.... Luego que la criatura ha sido lavada en las aguas de la gracia, uno de estos espíritus celestes debe ser su guardian en todo el resto de sus dias.

—¿Y se puede ser bautizado en toda edad? preguntó el hijo de la cómica y del malvado padre.

—¡Oh! sí, sin duda, esclamó Javier; y si tú quieres, podrás hacerlo desde mañana, y despues serémos hermanos en Dios.

—Señora, hacedme bautizar luego luego.

—Me conducireis á casa de la señora vuestra madre, y le pediré el permiso de instruiros, respondió madama d'Urbois.

—¡Mi madre!.... Podemos hacerlo todo sin su intervencion.... Ahora está ocupada esclusivamente de una nueva contrata para ella y para mí....Por otra parte, no entiende cosa alguna en materia de religion.

—Pues bien, voy á comenzar á instruiros, y cuando sepais lo que debeis saber, Javier será vuestro padrino....vuestro padrino espiritual: él responderá de vos ante Dios y el sacerdote. Yo os daré tambien una madrina, una madre, segun la gracia.

A tales palabras, fué completa la alegría de Mario; se arrojó en los brazos de Javier repitiendo:—Nosotros nos amarémos cada dia mas. ¡Oh, qué dicha! Decidme, señora, lo que debo saber, para aprenderlo sin tardanza....para que sea cristiano lo mas pronto.

Desde este dia, Javier y su madre dieron la primera instruccion al jóven neófito. Este dia pasó pronto y dulcemente para los dos jóvenes: alguna vez los dias de dicha tienen su mañana; he aquí una prueba.

El 1.° de Diciembre, Mario y Javier se habian dado cita para Nuestra Señora, prometiéndose ir á ver juntos los aprestos que se hacian sobre el camino que debian seguir el Santo Padre y Napoleon, para llegar á la catedral. En un punto donde se estrechaba una de las calles designadas para el cortejo, los arquitectos encargados del adorno, tuvieron la idea de levantar en madera un arco de triunfo para cubrir la irregularidad de este pasaje: los jóvenes amigos se habian detenido allí para leer las inscripciones *grabadas sobre el granito en tela pintada*, que estaba destinada á la construccion de esta puerta triunfal; los carpinteros, apurados por el tiempo y por los vigilantes de la fiesta, se apresuraron (sin tomar las precauciones debidas) á fijar las viguetas y largos travesaños de palo en la cima del edificio. Entre tanto, el tropel de gente era compacto y apiñado; y luego que una patrulla de caballería pasó por esta calle para despojarla, hubo un flujo y reflujo en la multitud: en este movimiento, Javier y su amigo fueron empujados hasta debajo de la viga mal sujeta.... Uno de los travesaños se desprende de una altura de mas de veinte piés, y una de sus estremidades alcanza á Mario en la cabeza: cae al golpe, ensangrentado é inmóvil....en seguida fué llevado como muerto, y depositado en una casa vecina....Javier, cuyo dolor se conocia, lloró, y sus lágrimas corrieron por el rostro del herido mezclándose en su sangre. Despues de algunos instantes, Mario reposaba sobre un lecho, y el jóven d'Urbois dijo al médico que acababa de llamar:—Señor, aseguradme si vivirá; salvad su cuerpo, que yo voy á salvar su alma.—La buena señora, en cuya casa se habia depositado el enfermo, y á quien Javier dijo algunas palabras, le trajo una pila de agua bendita....Despues de haber apartado de la frente los cabellos ensangrentados de su amigo, elevando los ojos al cielo, y haciendo la señal de la cruz, el piadoso cristiano vertió el agua santa sobre la cabeza de Mario, diciendo: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.*

El pequeño santo habia tenido en este acto tanta piedad y tanta fé; la espresion de su semblante era tan angelical, su emocion tan visible, que todos los espectadores de esta escena habian caido de rodillas....y el médico, que durante el bautismo no habia levantado la mano de encima del corazon de Mario, dijo á la señora de la casa:—Creo bien que no es un muerto el que se acaba de bautizar.

No, no era ciertamente un muerto: Dios en su inescrutable misericordia habia decretado que este bautismo, dado por un adolescente á otro adolescente, salvase mas de una alma. Mario habia recuperado sus fuerzas al cabo de algunas semanas: no hay necesidad de pintar cuánto se habia hecho encantadora y dulce la amistad de estos dos jóvenes. Sus dos almas, como las de David y Jonathás, no formaban mas que una, para alabar y cantar las alabanzas del Señor. La mas bella flor de los jardines se convierte todavía en mas bella, si la colocais bajo los rayos del sol naciente, si la esponeis al rocío del cielo. Lo mismo es en la amistad, el mas dulce de todos los sentimientos; ponedla bajo las miradas de Dios; aprocsimadla á las fuentes de la gracia, y se hará mucho mejor. Javier y Mario se habian convertido en dos verdaderos hermanos, y por espacio de mas de siete años vivieron en Paris. Madama d'Urbois, por la consideracion de que gozaba con el arzobispo Monseñor Juigné, consiguió una plaza bien lucrativa en la secretaría para Mario, abandonado del todo por su madre, y que por sí mismo habia renunciado á todo lo que le ligaba al teatro: en cuanto á su caro Javier, habia hecho tantos adelantos y dado tan

grandes pasos en el sendero de la piedad y la virtud, que era uno de los sugetos mas distinguidos en el seminario de San Sulpicio.

Hay en el mundo madres que se desolan, y cuyo corazon se desgarra el dia que sus hijos vienen á declararles que Dios les llama á sí, y que su vocacion es hacerse sacerdote.... ¡Oh! El dia en que Javier hizo tal declaracion; el dia en que, despues de haber comulgado, vino á abrazarse á sus rodillas, y le dijo tomándole las manos:—Madre mia, no quiero amar mas que á Dios y á vos; quiero consagrarme á su servicio, á sus altares, y allí rogarle cada dia para que os cubra de sus bendiciones. Madre mia, ¿consentís?.....

¡Oh! entonces.... os lo aseguro; la madre cristiana llora..... llora mucho, pero es de alegría. Esta dicha indecible, de apegarse mas al cielo que á la tierra, es la que hace correr su llanto.

Levantándose de su sillon, fué madama D'Urbois á arrodillarse en su reclinatorio. Al cabo de algunos instantes, pone sus dos manos sobre la cabeza de su hijo, que estaba de rodillas á su lado. Hijo mio (le dijo), tú llenas mi corazon de un santa alegría, tú llevas la mejor parte, y yo he bendecido á Dios. Que él te tome bajo su proteccion; yo te encomiendo á él.

Cinco años habian pasado desde que este permiso maternal fué otorgado á Javier; y como para recompensarla su sacrificio, una gran felicidad habia favorecido á la piadosa madre. Habia asistido á la primera misa de su hijo.... El tiempo marchaba, pues, dulcemente y sin desgracia, hasta que un dia, Mario, pálido y jadeando, descompuesto el rostro, llegó á la casa del jóven sacerdote. "Javier, le gritó entrando en su oratorio, no tenemos instante que perder.... Ve; lee esta carta." Y diciendo estas palabras, la pone en manos de Javier.

Esta carta, fechada en Tolon, estaba escrita por el director del presidio, que prevenia á Mario que su padre, atacado de una enfermedad mortal, pedia verlo antes de morir.

Tendiendo la mano á su amigo, le dijo Javier: "Estoy dispuesto; dentro de una hora estarémos en camino: la nueva que recibimos es terrible. Pero veo en esto el dedo de Dios; corramos, pues, al lugar que él nos designa: partamos."

Antes de entrar en el carruaje, el jóven sacerdote recibió una doble bendicion; la de su superior y la de su madre.

De Paris á Tolon el espacio es inmenso, y la marcha pareció bien larga á los dos viajeros. En fin, hélos aquí llegados al punto.... punto terrible para el hijo del viejo condenado á morir en este lugar, guarida del deshonor y del crímen. Ha querido entrar solo en el cuarto de la enfermería, donde yace sobre un mal lecho el presidario. Javier se detiene en una pieza prócsima, y ruega á Dios inspire el corazon del criminal.... Al ver á Mario, el viejo tiende los brazos, y el hijo se arroja sobre el seno paternal, correspondiendo al abrazo del moribundo.... Solo en un momento igual, en aquel en que la muerte estiende su brazo sobre un ser que os ama, es en el que podeis recordar sus tormentos, á la vez que sus crímenes. Mario, pues, lloraba con su padre.... Lo compadecia, y sus sollozos se redoblaban, cuando el viejo le repetia....yo creí que tú no habrias querido venir... creí que hoy, que eras devoto, tendrias tanta vergüenza de mí, que permanecerias en tus iglesias rogando á tu buen Dios. Mario, te agradezco que hayas venido á verme un momento antes que sea arrojado á los gusanos....Bien pronto habrá acabado todo para mí.... y tú.... tú no volverás á pensar mas en el presidiario.

—¡Padre mio! ¡padre mio! no me hableis así... sois injusto conmigo.... jamas os borraré de mi memoria.

—¿Qué.... tú pensarás sin maldecirme, sin sonrojarte de vergüenza, en el sacerdote apóstata y casado.....?

—¡Oh.... siempre....! Sin cesar rogaré por vos.

—¿Y á qué Dios te atreverás á rogar por mí....?

—Al mio, y al vuestro.....

—Yo no lo tengo ya.... He renegado del Dios de mi juventud.... Me hice apóstata, impúdico, falsario.....

—Sois cristiano, y este título.....

—Por este título debo ser condenado.

—Teneis sobre vos la sangre de Jesucristo, padre mio; y una sola gota de sangre divina sobre vuestra alma.... la puede salvar.... ¡Ah!.... yo os suplico que escucheis al amigo que me ha acompañado.... el amigo que ha esparcido sobre mi frente el agua santa del bautismo, y que ha venido á ser tan querido como un hermano.... Dejadme conducirlo cerca de vos.

—¡Qué.... vas á mostrar á tu padre, infamado.... marcado ... presidario....! Bien....si tienes tanto valor.... si ha venido de tan lejos para acompañarte aquí.... hazlo entrar. Yo he sido vicioso; he cometido crímenes, he aglomerado infamias sobre mi nombre.... Pero no quiero ser ingrato.... Así, ya que viene, lo recibiré.

—¡Bendito seais, padre mio, bendito seais, dijo Mario corriendo á buscar á Javier. El viejo criminal, pasando y repasando sus manos sobre la frente y por sus ojos, como para rechazar las tinieblas, repetia muchas veces.... "¿Qué han dicho....? Bendito seas.... bendito seas.... ¡Oh, hace veinte años que no habia oido semejantes palabras...."

En este instante, mientras el viejo lanzaba en derredor sus estraviadas miradas, entra Mario con Javier, vestido con su sotana. A esta vista, el enfermo, dando un grito, se cubre los ojos con ambas manos, y dice con espanto: "¡Un sacerdote....un sacerdote! Mario.... que se vaya.... échale de aquí.... ¿Cómo quieres que pueda yo mirar un sacerdote....? ¿Cómo quieres que un sacerdote pueda mirarme sin horror.... .?

—Mi hermano en Jesucristo, respondió Javier con una voz llena de una suave bondad; hermano mio, os vengo á traer la paz del perdon.

—¡La paz....! Ya no ecsiste para mí.... ¡El perdon....! ¿Cómo quereis vos que lo pueda alcanzar?

—La bondad de Dios es inagotable.

—Mis prevaricaciones son sin número.

—Arrepentios de ellas, y el Señor las arrojará tan lejos de sí, que no las volverá á ver mas.

—¡Ah! Me decís ahora las palabras que en otro tiempo les decia yo á otros.

—Ellas siempre son verdades: el arrepentimiento lo borra todo.

—¡Oh, sí, padre mio! continuó Mario; la misericordia de Dios perdona á todos.... Aunque jóven, yo tambien tenia necesidad de perdon, y al presente gozo una paz que quisiera daros.

Hablando así, el hijo del renegado besaba las manos de su padre, y las bañaba con sus lágrimas.

—Ved, hermano mio, replicó Javier; ved, ¿la bondad de Dios no se revela toda en vos, por la presencia de vuestro hijo? ¿No es este paso para vos, el principio de las misericordias divinas?

—Sí.... yo lo conozco.... efectivamente es un beneficio....

—A que seguirán otros, no lo dudeis.... vuestro hijo no me ha traido cerca de vos, mas que para esparcirlos de nuevo sobre vuestra cabeza.

—Mi cabeza ha encanecido en el crímen....Yo he envejecido en la iniquidad....

—La contricion lava esas manchas, y el Señor os rejuvenecerá como el águila, por una eternidad bienaventurada....

—Todo eso que me decís lo he creido.... Yo quisiera creerlo todavía.

—Nosotros rogarémos porque os vuelva la fé.

—Sí, sí, padre mio, dijo Mario; yo rogaré con todas las fuerzas de mi alma.

—Hijo.... te agradezco que hayas venido.... Si mi mano no estuviese tan manchada, la estenderia sobre tí para bendecirte.

Despues de estas palabras, hubo un silencio glacial. Javier habia sacado del seno uno de esos crucifijos que los hijos de Loyola llevan siempre sobre sí, y una reliquia de la verdadera cruz, y los habia puesto sobre la mesa, cerca del lecho del viejo....

En este momento de silencio, se conocia que el pecho del enfermo se llenaba de agua, la respiracion se hacia mas dificil, la emocion parecia amenazar una crísis.... No habia, pues, tiempo que perder, ademas del perdido: el adormecimiento soporífero del enfermo duró mas de una hora; esta hora fué empleada en orar.

En los instantes del sueño de los moribundos, de ese reposo que precede al gran reposo de la tumba, se operan frecuentemente milagros de misericordia. Dios se hace ver entonces á los ojos cerrados, habla á los oidos sordos, y toca al corazon que va á cesar de latir. Esto fué lo que sucedió mientras Javier y Mario habian rogado en silencio cerca de la cama del viejo.... y cuando este recobró la vista, su primer mirada se dirigió al crucifijo; su primer movimiento fué llevar la mano á la pequeña mesa en que acababa de ver la señal del perdon.... pero la retiró, como indigno de tocarla.... Entonces Javier tomó la cruz, y le dijo: La cruz pertenece al pecador; para salvar al pecador, se hizo el Hijo de Dios clavar en ella, y murió por nuestra salud: llevad este crucifijo á vuestros labios; para vos lo he colocado aquí.

El enfermo, con una voz débil, respondió: Mis labios deben estar purificados por la confesion de mis pecados, antes que bese los piés del Salvador. Vos, ministro de misericordia y de perdon, quedad solo conmigo: y tú, pobre hijo mio, ve á rogar de rodillas en la vecina iglesia, y tu amor filial interceda con Dios, y arranque á su justicia el perdon del sacerdote apóstata.—A una señal de Javier, Mario tomó la reliquia de la verdadera cruz, y la hizo besar á su padre, á quien abrazó despues, derramando abundantes lágrimas, menos amargas ya por la esperanza de la completa conversion del anciano.

Luego que el viejo sacerdote, que en otro tiempo habia renegado de Dios, y el sacerdote jóven que le servia con toda su pureza, con todo el fervor de su alma, se encontraron solos, pasaron cosas tan santas, tan inefables, que la pluma no puede relatarlas.

Despues de mas de una hora de ausencia, Mario volvió á tocar á la puerta de la cámara de su padre, y Javier le dijo: Amigo mio, dad gracias á Dios, pero no entreis todavía; vuestro pobre padre quiere estar solo conmigo toda la mañana....idos, y rogad al Señor.... Estas pocas palabras fueron bastantes para esparcir un bálsamo de consuelo en el alma del jóven cristiano. Poseido de un pensamiento fijo de que nada podia distraerlo, visitó todas las iglesias, se arrodilló ante todos los altares, repitiendo en todos la misma plegaria: ¡Dios mio, salvad el alma de mi padre....!¡Vírgen santa, refugio de pecadores, rogad por él....!

Sus oraciones no fueron vanas: cuando cerca de medio dia volvió donde estaba el sacerdote arrepentido, encontró otra espresion en su semblante; notó en sus ojos que habia llorado mucho, y con una voz dulce y cariñosa dijo á Mario: "Hijo mio, ya puedo abrazarte y bendecirte,... El Dios que me acaba de perdonar, perdone algun dia á tu madre: haz por ella lo que has hecho por mí....Llévale este hombre de misericordia.... Yo te bendigo, hijo mio: sé siempre puro, y mas feliz que aquellos á quienes debes el ser. Te he dado una triste vida aquí abajo; y tú, hijo mio, has hecho demasiado, me has puesto en el camino de la vida eterna. Sé, pues, tres veces bendito."

El resto del dia fué tranquilo; sin embargo, las fuerzas del viejo disminuian rápidamente; cerca de las diez de la noche, despues que el moribundo habia recibido el sagrado viático y la estrema-uncion, comenzó la agonía, y á eso de media noche, el alma en otro tiempo manchada por la apostasía, pero que la contricion y los sacramentos de la penitencia, de la estrema-uncion, y de la Eucaristía acababan de lavar y preparar para el cielo, pasó del tiempo á la eternidad, y de la justicia de los hombres á la misericordia de Dios.